

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS
DE CATALUÑA

MONASTERIO

DE

SANT LLORENS DEL MUNT

MEMORIA DESCRIPTIVA

POR

D. Elías Rogent



DOMICILIO SOCIAL: C. S^{ta}. Ana, 25, bajos
BARCELONA

BIBLIOTECA CENTRAL
de la Diputación Provincial
de Barcelona

EX LIBRIS

J. MASSÓ TORRENTS
1944

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE HENRICH Y C.^ª, EN COMANDITA
Calle de Còrrego. — Barcelona



Sant Llorens del Munt

PRELIMINAR

A la antigua y firme amistad que me ha unido y une á la familia Rogent, que no á merecimientos propios, se debe el encargo que de la misma recibí, de ordenar, revisar y anotar los importantes trabajos artísticos que en cartera dejara mi venerado maestro D. Elías; el presente y otros muchos que, Dios mediante, han de aparecer á la luz pública, para bien de las artes de nuestro suelo y regocijo de los arqueólogos y aficionados.

También la amistad fué el único móvil que me indujo á aceptar tan espinosa tarea. La amistad por un lado y por otro la íntima convicción que tenía y tengo, de que obras de un compañero tan distinguido no dejarían de inspirarme el proverbial respeto con que por mi fueron siempre recibidas y admiradas.

Y héteme ya enfrente de las cuartillas que contienen el curioso estudio del antiguo monasterio de *Sant Llorens del Munt*, después de haber hecho para mejor impresionarme, una excursión (que resultó agradabilísima é inolvidable) á la pintoresca cumbre que tantas comarcas domina en nuestra región, y que es la primera en asomarse á dar la bienvenida á los marinos que hacia nuestro

uerto navegan, al regreso de aquellos países que no supimos conservar.

Bello al par que sencillo es el cenobio benedictino que se alza impasible en la cúspide de Sant Llorens. Bello, harmónico y proporcionado dentro de los cánones de los constructores cistercienses. En las páginas que tengo á mi vista escritas por el amigo y maestro, se historia su fundación, se muestra su genealogía dentro de la Orden, se describe su disposición y sus detalles, se analiza sus sillarejos y arquerías, y se filosofa los gruesos de sus muros y la parquedad de su decoración policroma natural en arquivoltas y cornisamentos. Muy difícil sería sobrepajar en el estudio de tan típico monumento, el método seguido por el venerable Rogent, la amenidad de su estilo, mezcla de descriptivo familiar y de académico, de poeta admirador de la naturaleza y de hombre de ciencia, para quien la lógica de los números es cifra y compendio de todas sus aspiraciones. Brillan todas esas cualidades por gran manera en la presente monografía, y como resumen de todas ellas y colmo de atractivos de la misma, surge de pronto la perfecta y bien razonada comparación de *Sant Cugat del Vallés*, obra maestra de arte románico catalán con su hijuela *Sant Llorens del Munt*, reducción (como dice D. Elías) hecha á la escala mitad de la primera, de la cual estaba verdaderamente prendado el difunto compañero, y á cuyo estudio había dedicado largas horas de su vida.

Que D. Elías fué excursionista de buena cepa, proclámanlo todos los trabajos que nos ha legado, y en particular éste que escribió exprofeso para la ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA como complemento del que leyó sobre *Sant Cugat* en 27 de Junio de 1880. En sus viajes anotaba fechas, copiaba estructuras, interpretaba epígrafes, razonaba opiniones, aclaraba errores, combatía absurdos, y en fin, no dejaba nunca de llevarse de todas partes libros y álbums repletos de notas y de apuntes.

Hermosa síntesis de labor tan preciada es la monografía de *Sant Llorens del Munt* que hoy ofrece á la pública consideración la Asociación de Arquitectos en su Anuario para 1900. En ella brillan las dotes que tanto acreditaron á su autor en el concepto de ilustrado arqueólogo, erudito arquitecto y catalán enamorado de su tierra patria, cuyos monumentos estudió con loable perseverancia, mostrándolos entusiasmado como ejemplo y enseñanza á sus jóve-

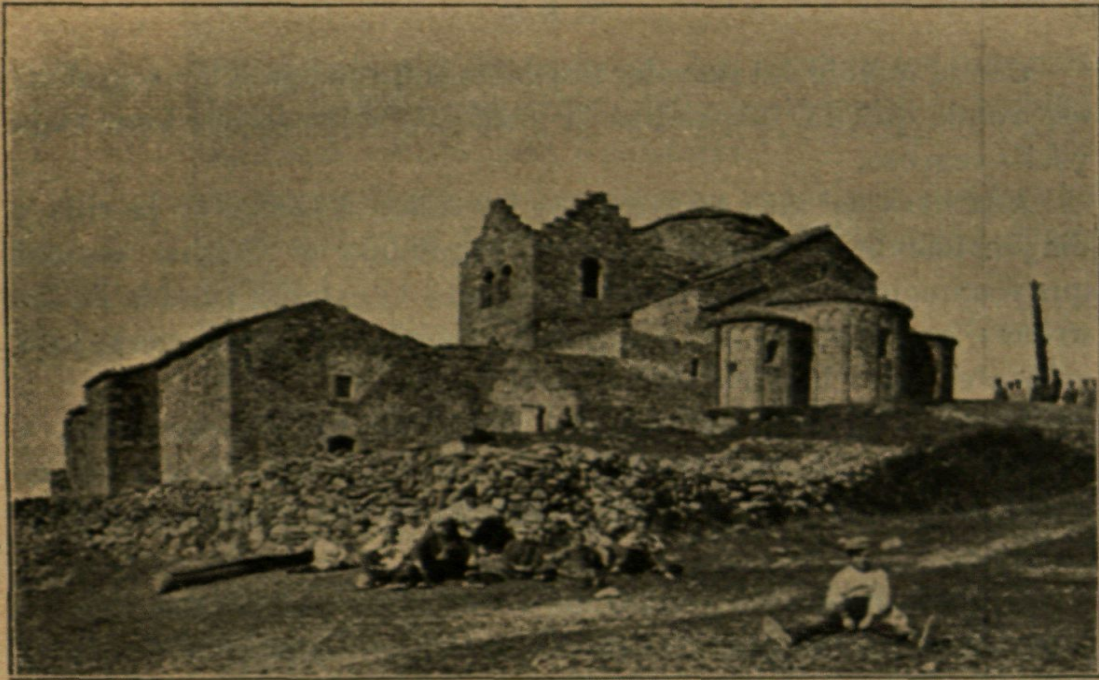
nes alumnos, á quienes si bien explicaba los esplendores del arte clásico y del Renacimiento, familiarizaba además con singular empeño, en la lectura é interpretación de la historia de piedra del pueblo catalán, cuyas páginas ostentan como iniciales, los más típicos monumentos románicos y góticos que por milagro más que por otra causa conservamos aún.

Comparando la maestría del autor con la del que debía examinar su obra antes de darla al público, se comprenderá cuán fácil ha sido mi tarea. Heme limitado á completar las pocas ideas sueltas que el precario estado de salud de mi querido y venerable compañero le impidiera redondear, en la época en que dió forma á sus apuntes. Nada he tenido que rectificar en este trabajo, y si sólo ratificar alguna hipótesis y terminar los planos y alzados que constituyen la parte gráfica de la memoria junto con la fotografía del ábside en la que aparece retratado el autor acompañado de su hijo D. José y de su sobrino Sr. Font y de Boter (E. P. D.); *cliché* que reúne el doble mérito de su acertado punto de vista y de estar hecho por D. Francisco Rogent, primogénito de D. Elías, muerto en hora menguada en la flor de sus años y cuando le sonreía un brillante porvenir artístico por las sólidas cualidades heredadas de su buen padre y maestro, y que de buen grado le reconocíamos los compañeros que lloramos su pérdida.

En cuanto al estilo he sido respetuoso con él, hasta la exageración. Ya sé que se nota fácilmente que el trabajo del Sr. Rogent no está pensado en el idioma en que está escrito; pero esto más que defecto constituye para mí un atractivo más, pues de esta suerte uno puede traslucir la personalidad del estilo del autor, al través de las convenciones del lenguaje adoptado, el cual si usamos á veces los hijos de Cataluña, no llegamos á dominar nunca ó casi nunca, por la sencilla razón de que no lo sentimos palpitar ni en el corazón ni en el pensamiento.

Y perdone el lector ávido de conocer esa notable obra póstuma del celebrado arquitecto D. Elías Rogent, le haya distraído con estos renglones, que no tienen ni quieren tener la pretensión de prólogo, ni mucho menos complemento de la monografía, puesto que ni de uno ni de otro necesita.

BUENAVENTURA BASSEGODA.



(Cliché de B. BASSEGODA.)

Vista general del Monasterio

PRIMERA PARTE

Ascensión á la montaña

Sinceramente reconocemos nuestra pequeñez para pintar lo que sentimos al pie de la montaña que descuella en las floridas vegas del Vallés, tanto por su altura y forma especialísima como por las impresiones que en nosotros evoca tan bello panorama.

La via férrea nos ha conducido ya hasta la antigua villa de Tarrasa; hemos visitado con cariño respetuoso su castillo medieval, la que fué Sede Egarense (hoy modesta parroquial de San Pedro), con su baptisterio primitivo y la iglesia de Santa Maria, mientras nos preparamos para respirar el aire oxigenado de la montaña misteriosa, que tantos recuerdos atesora para los hijos de la tierra catalana.

Con el auxilio del Hacedor Supremo emprendemos la excursión, esperando que nos dispensará la gracia de concedernos buen viaje y feliz regreso.

A la hora del alba atravesamos las calles desiertas de la villa y diagonalmente la llanura superior, siguiendo el camino vecinal que remontándose hacia el Norte alcanza la extensa rambla de las Arenas, que conduce á la antigua parroquial de Matadepera, sitio en que empieza la parte alpina de la montaña.

El valle, visto á las primeras horas de un día canicular, y con el fresco ambiente matinal, eleva el alma á la sublime contemplación de la naturaleza, tan sencilla en sus grandes manifestaciones.

Nos hallamos á las plantas del coloso, que parece nos fascina y nos atrae; contemplamos su informe silueta sin poderla dominar; á medida que nuestras miradas abarcan horizontes más dilatados, vemos siempre un más allá que en sus variadísimas formas nuestra limitada inteligencia no alcanza á definir.

Empezamos la ascensión faldeando un pinar poco poblado; la vereda que seguimos tiene escasa accidentación, y al salvar un primer collado, aparece tan atrevida como majestuosa una mole que nos impone tanto por su grandeza material como por su forma severa y desperfilada. La tradición la llama *Caball Bernat*, cuyo nombre es muy común en la tierra catalana; una de las islas Medas, formada por un Menhir titánico natural, recibe igual denominación; pero el mayor, el verdaderamente legendario, es el que descuella en la parte Norte de Montserrat, que nadie ha podido dominar y que es visible desde gran parte de la Alta Cataluña.

Si aquí tal término fuera admisible, podríamos llamarle la primera avanzada que guarda los umbrales de la fortaleza, que para nuestro buen amigo D. Jacinto Verdaguer sería *de la goja que guarda lo castell de Sant Llorens*, pero que en nuestro lenguaje adocenado llamaremos proemio de la excursión y de las emociones que esperamos saborear. Efectivamente, parece que nos hallamos en la puerta de un gran parque, tal como los comprenden los hijos del Celeste Imperio, en que brillan por su prodigiosa variedad los contrastes y las sorpresas. Marchamos en dirección Norte y el terreno empieza á escalonarse; prismas de altura prodigiosa se suceden, bordan los regajos peñascos el boj y la carrasca, entre

frondas y zarzales que con amor lamen las rocas, y los informes monolitos que en eurítmico desorden obligan al viajero á cambiar de senda, respetando su primacía legendaria.

El camino serpentea en zig-zag de gran pendiente, por la que trepan los mulos con gran dificultad, aumentando siempre las malezas y matorrales.

La montaña, en su tercio inferior, es un tan vasto anfiteatro, que á su lado el célebre Coliseo es obra baladí y de poco aliento; sus cuneos y graderías son agigantados y la escena que disfrutamos está formada de paisajes bellísimos del alto Llobregat y también de los colosales picos que caracterizan la sierra del pintoresco Montserrat.

A la mitad, ó poco menos, de la montaña, separándose del camino de arriería, hay una senda que dirige á un caserón medio arruinado que fué antigua granja del monasterio superior, llamada *Mas Pobla*, con una fuente y algunos bancales de huerta y siembra que son oasis en medio de aquellos peñascales.

Hoy se halla en unas partes mal reconstruída y en otras en extrema decrepitud; no supimos ver obras que merecieran mención especial; allí almorzamos con apetito, y después de sestar para que el ganado descansara, continuamos la ascensión, despidiéndonos de aquellos restos cenobíticos.

A medida que el camino se eleva en dirección oriental, va salvando bancos y graderías monstruosos; el conjunto se agranda; los contrastes topográficos y la floresta carrasqueña comparten su importancia con los variadísimos panoramas que admiramos; picachos de todas formas, valles profundos surcados por revueltos senderos, precipicios insondables, selvas en que la viril encina reina sin rival, y allá en lontananza, villas, burgos y caseríos ceñidos por exuberante vegetación y regados por anchas ramblas y riachuelos. Con tales emociones nos acercamos al vértice de la montaña; descubrimos de cerca el monumento que atesora, admirando los milagros que en pasados siglos produjo la religión y la fe inquebrantable de nuestros progenitores, para expulsar las razas islamitas de nuestro suelo.

Después de leve descanso, emprendimos la subida del último promontorio, siguiendo la vereda que lo salva oblicuamente y que serpentea entre rocas y arbustos, llegando felizmente al *Munt* ó á

la *Mola*, que son los nombres que recibe la cumbre de la montaña, muy familiares en el Vallés, por su semejanza á las muelas de molino. Esta altura, superior al más elevado pico de Montserrat en que descuella la ermita de San Jerónimo, se eleva 1,200 metros sobre el nivel del mar, que vemos á nuestras plantas.



SEGUNDA PARTE

Los Benedictinos en Sant Llorens del Munt

Los hijos de San Benito son las cohortes militantes de la civilización cristiana. Para ellos cada región tiene sus puntos singulares y especialísimos; unas veces se establecen en sitios bajos y pantanosos, inmediatos á las corrientes fluviales, como sucede en Besalú, Sant Benet de Bages y Sant Pere de Camprodón, al objeto de sanearlos y hacerlos más productivos; otras, los buscan elevados, desiertos y escabrosos, para separarse del trato mundanal y dirigir sus preces al Altísimo en lugares solitarios, de los cuales tenemos ejemplos en Sant Pere de Roda sobre el cabo de Creus, Sant Martí de Canigó y Santa Cecilia de Montserrat; algunas veces prefieren sitios regados y santificados por la sangre de los Mártires ó por haber sido teatro de acontecimientos históricos trascendentales, como lo prueban los notabilísimos de Sant Cugat del Vallés, fundado por Carlo Magno en el Castro Octaviano, y de Ripoll, cuna de nuestros esclarecidos Condes.

Raras veces y casi por excepción establecen sus monasterios en centros urbanos preexistentes; pues su misión á la vez cristiana y productiva, es roturar, repoblar prácticamente, con el ejemplo, las desiertas y desheredadas regiones que la próspera naturaleza ha destinado para atender las necesidades humanas, acreciendo la producción y formando nuevos centros de cultura basados en las enseñanzas de la Iglesia.

Es fenómeno histórico harto común encontrar velados y misteriosos los orígenes de las grandes instituciones cenobiales, y muy particularmente aquellas que tuvieron lugar á raíz de la recon-

quista mauritana; pues sus mismos fundadores estaban muy lejos de prever su futuro desenvolvimiento. Desconocemos las primeras etapas de la vida cenobítica en Montserrat, en Cuxá, en Sant Cugat del Vallés, y hasta en época más reciente las de los monasterios de Santas Creus y de Poblet.

Las crónicas y las leyendas se confunden; la falta de documentos históricos la suple la tradición, que agranda los sucesos, les presta aquel brillo, con toques de color local, que los hace maravillosos; y á medida que envejecen y se separan de su origen, revisten aquella poesía épica, que rebuye toda discusión y juzga los actos y las instituciones no por su justa verdad y ponderación, sino cual los ve la loca de la casa, es decir, la fantasía.

La montaña de Sant Llorens del Munt es el gigante que señorea las encantadas florestas del Vallés; en sus flancos aparecen simas insondables, promontorios inaccesibles y eremitorios arruinados, en parte troglodíticos, con nombres desconocidos, siendo los principales *la Cova del Drach*, *la Cova Simaña*, la ermita de Santa Inés y el *Caball Bernat* antes mencionado; al aproximarse los navegantes á nuestras costas, lo primero que divisan en lontananza es el monasterio de Sant Llorens en el vértice de la montaña, y cuando los barceloneses tramontan la cordillera del Tibidabo por Vallvidrera ó Collcerola, se les presenta en primer término, flanqueada por Montseny y Montserrat, las dos llenas de tradiciones medievales tan poéticas como expresivas; en segundo término, ven también las innumerables cordilleras de la patria catalana, allá en el fondo los nevados picos de la cordillera pirenaica, y en frente, reflejándose en las cristalinas aguas del Mediterráneo, *Puig Major*, coloso que descuella por su elevación en la isla de Mallorca.

Anterior al siglo ix poco sabemos de la montaña de Sant Llorens; el cronista Pujades la llama Monte Alegre, sin apoyarlo en datos fehacientes, y, aparte de sus estudios histórico-religiosos, habla de la cueva Simaña, que dice haber visitado, y gran parte de lo que describe lo vió su poética imaginación más que la razón, compañera inseparable del cronista ¹. Las primeras noticias, difusas y desaliñadas, son coetáneas de la segunda reconquista de la capital en 987; los primeros santuarios erigidos fueron capillas dedicadas á Santa María, San Miguel y San Lorenzo, y aun cuando en aquellos siglos el culto á la Santísima Virgen y la del Arcángel

continúan, San Lorenzo alcanza la preferencia y da nombre á la montaña.

De las obras primitivas apenas quedan escasísimos vestigios sin importancia; hace diez y ocho años, al verificar la última restauración, aparecieron en el atrio abierto anterior muros que acusaban la existencia de fábricas primitivas, y racionalmente debemos admitir que formaron parte de los santuarios erigidos en los siglos precursores al de la basílica que admiramos.

Las constituciones benedictinas explican con verdadera sencillez el modo y forma con que se establecían las nuevas filiaciones monacales: Un centro anterior, robusto y floreciente, era la casa matriz; doce monjes y un nuevo abad, guiados por la Providencia Divina, fundaban la nueva casa. No sabemos si los primeros moradores del Munt procedieron del Mediodía de la Francia ó del inmediato Monasterio de Sant Cugat del Vallés, porque las primeras noticias se refieren al año 801 en que Ludovico Pío recobra Barcelona del poder de los Califas de Occidente. Los estudios técnicos que presentamos en la parte arquitectónica, hasta el presente desconocidos, creemos demostrarán que este monumento, siguiendo la tradición benedictina, es hijo de Sant Cugat del Vallés, que consideramos ser la casa matriz de Sant Llorens.

Al constituirse los nuevos centros monacales, son pobres, extraordinariamente pobres; empiezan los monjes por roturar y abonar los terrenos, y mientras esperan el fruto de su trabajo, viven de las limosnas que afluyen á la nueva casa.

Los grandes monasterios, más ó menos ruinosos, existentes en Europa, no señalan las primeras etapas de la vida benedictina; al contrario, pintan el período brillante de los alodios y las donaciones, en que la raza indígena acrece el personal comunitario que se estableció primero como pobre mendicante.

La vida cenobítica en el Munt, durante los calamitosos siglos IX y X, poco debió progresar, aun cuando comprendamos que la primera reconquista de Barcelona en 801 permitió que Cataluña la vieja, disfrutara relativa tranquilidad favorable á los Benedictinos, aun cuando no alcanzaron preponderancia hasta los postreros años del último siglo mencionado en que, arrojados los moros más allá del Llobregat, emprenden la restauración de Sant Cugat del Vallés y Santa María de Ripoll.

Hasta este día no registra Cataluña obras monumentales de verdadero aliento, pues todas son posteriores á la segunda reconquista de la capital, acaecida en 986.

Aparte de las construcciones que, en periodos anteriores, se emplazaron en el Munt, datos históricos fehacientes manifiestan que el obispo de Barcelona, en 22 de Junio de 1064, consagró su iglesia con grande solemnidad y escogida concurrencia, á instancias del Serenísimo Conde Don Ramón Berenguer el Viejo y de su venerable esposa Doña Almodis ². Esto prueba, dadas las condiciones topográficas de la localidad, la falta de medios con que debieron luchar los alarifes, y los improbables trabajos de los monjes para elevar el agua, la cal, la arena y los demás materiales que la Mola no podía ni puede hoy suministrar. Creemos no pecar de exagerados al decir que esta iglesia debió precisamente construirse en la primera mitad del siglo xi y que el monasterio era ya relativamente opulento, cuando tenía medios posibles para congregar al Obispo, al Clero Catedral y á los personajes más distinguidos, en la cumbre de la montaña. Cosa que hoy no intentaríamos realizar, pues que sólo levantando acta de los trabajos realizados, del estado de Cataluña al emprenderlos, y de las condiciones especiales de la montaña de Sant Llorens en dicha época, podemos apreciar los inconvenientes prácticos y los dispendios que requerían.

En los albores del siglo xi las partes Norte y Oriental del Principado se constituyen; nuestros Condes Soberanos comparten las tareas de la guerra con las artes de la paz, y procuran, tanto en su capital como en los burgos, cicatrizar las heridas causadas, en los calamitosos periodos anteriores, por el poderoso Almanzor, azote de nuestra tierra. Sant Pau del Camp en Barcelona, Sant Cugat del Vallés, Sant Martí de Canigó, Sant Pere de Roda y de Galligans, y otros mil Monasterios, Colegiatas y Catedrales que podríamos aducir, pertenecen á dicha época; Sant Llorens fué otro de los muchos que erigieron nuestros progenitores al impulso de la fe y de la constancia indomable propia de nuestra raza.

Hemos apuntado ya, que elevar una construcción en terreno llano y con comunicaciones fáciles y expeditas tiene escasa importancia; pero cuando, como en el caso presente sucede, la emplazamos en la cima más elevada de una cordillera, las dificultades aumentan en grado sumo, y mucho más si aquélla es refractaria al cómodo

emplazamiento de las vías. Repetimos que Sant Llorens se eleva unos 1,200 metros sobre el nivel del mar ³ que tiene á la vista; que las rocas acantiladas de la peana del monasterio forman una acrópolis inaccesible, sólo practicable por senderos estrechos y sinuosos que dificultan la ascensión, aparte de los improbables trabajos que requiere llegar al pie del promontorio más elevado.

Emprender en tan malísimas condiciones la construcción de la iglesia y del cenobio para alcanzar por premio, vida de penitencia y privaciones de todas clases, demuestran un temple de alma que nuestra generación apenas puede comprender, porque raya en lo sublime.

Cuando los hijos de San Benito fundan nuevas filiaciones, llevan consigo al arquitecto, con los planos y los alarifes del cenobio. Conforme á sus instituciones, la topografía local, los medios constructivos y los adelantos técnicos, influyen poco en la esencia del proyecto, pues todo lo llevan canónicamente establecido, en cantidad y calidad.

Hasta el siglo XII, la casa de Dios es la idea esencial, y los departamentos cenobiales el accesorio. La primera es imponente y atractiva, al paso que los segundos son tan humildes, como el burdo sayal benedictino. El siglo XIII ya no los necesita, su trabajo civilizador ha terminado y las órdenes mendicantes les disputan la primacía.

Los hijos de Santo Domingo de Guzmán y de San Francisco de Asís, al revés de los primeros, sientan sus reales en los grandes centros; son batalladores, buscan las herejías con el santo fin de extirparlas en sus orígenes, llevan vida conventual menos austera, y sienten ya necesidades nuevas, hijas de la cultura y bienestar que caracteriza los últimos siglos medioevales. Sus moradas se agrandan y rectifican; la iglesia, descollando en primer término, manifiesta que el sitio predilecto es para el pueblo; la morada comunitaria será tan visible como la consagrada al Ser Supremo; sobre las portadas descollarán los campanarios sustituyendo las torres de homenaje; y así como los primeros fueron la expresión pura de la fe, los segundos, con sus penachados chapiteles y afili-granadas flechas, simbolizarán la beatitud y la esperanza, inseparables de la caridad compañera del cristiano verdadero.

Pocos monumentos tenemos en Cataluña, y acaso en España,

que con ingenuidad infantil puedan explicarnos lo que fué la arquitectura benedictina en la primera mitad del siglo xi. En otras comarcas la encontraremos más robusta y expresiva, pero adulterada con productos de otros siglos, siendo difícil descifrar lo que aportara cada uno y las influencias de suyo muy variadas que obran en su desenvolvimiento.

La iglesia de Sant Llorens, libre de otras influencias regionales, nace y florece respirando los primeros perfumes de la reconquista y del arte románico embrionario.

Las crónicas afirman que el siglo xi fué la edad de oro del monasterio, y relatan los cuantiosos donativos que reciben sus Abades; pues aparte de las sumas empleadas en la iglesia y el cenobio, consta que el día 3 de las nonas de Febrero de 1052, el ilustre señor Gislaberto, Obispo de Barcelona, con aprobación del Cabildo Catedral, vende al monasterio de Sant Llorens del Munt y á su abad Adagario la iglesia de San Esteban de Castellar, con todos sus derechos y pertenencias, por la cantidad de treinta onzas de oro purísimo, suma que el mencionado Obispo aplica á la reedificación de la Sede Barcinonense. Prueba también la singular predilección que alcanzaron aquellos Benedictinos, el gran número de granjas que tuvieron en los flancos de la montaña, dependientes del monasterio, hoy desaparecidas, quedando como muestra el llamado *Mas Pobla* en la parte meridional, y en la opuesta la célebre ermita de Santa Inés, que por su labor semitroglodita y su fragosidad dió motivo á las consejas del monstruo anfibio llamado el *Drach*, del que tantas lindezas cuentan nuestros analistas medioevales.

Los primeros lustros del siglo xiv señalan ya síntomas de decadencia, cesa el fervor religioso de los comunitarios para vivir en la Mola, donde falta lo necesario para la vida y en la que los meteoros termohidrométricos son tan sensibles como continuos, pues el encontrarse muy á menudo en los períodos invernales, en incomunicación absoluta y sin recursos, abate su constancia y su fervor, pierden el aliento espiritual que los sostenía, y conforme adelanta el cisma de Occidente y después la Reforma, con las ideas que la motivan, la institución languidece y muere. La Bula apostólica de Clemente VIII, expedida en Roma en 2 de Agosto del año 1592, suprime el monasterio del Munt, incorporándolo al célebre Colegio benedictino de Lérida, instituido en igual fecha,

siendo el último Abad comunitario el I. S. Dr. Francisco Olivón de Albernia.

Abandonada esta antiquísima morada, ocupada durante seiscientos años, este sitio, yermo y despoblado, pasa larguísimo tiempo sumido en el olvido, y sólo en determinadas festividades el clero de Sant Llorens Saballs sube al Munt para la celebración del culto.

El 30 de Marzo de 1809, durante la guerra de la Independencia, los franceses profanan esta santa iglesia y la inhabilitan para el culto; queda convertida en muladar, continuando las profanaciones durante sesenta años.

En los últimos meses del año 1868, el Rdo. Dr. D. Antonio Vergés y Mirassó, hijo de Castellar y Ecónomo de Sant Llorens Saballs, con dos curas amigos, visita las ruinas del santuario abandonado, y mientras sus compañeros contemplan extasiados los dilatados panoramas que se descubren desde aquel sitio singular, él fija sus miradas en los venerables muros del cenobio arruinado, concibe la idea, que parece providencial, de restaurarlo y busca medios para que el culto divino, interrumpido desde los primeros años del presente siglo, vuelva á resonar en aquellas sagradas bóvedas. Animado por la gracia Divina, otro en su lugar hubiera acudido á los centros artísticos, oficiales y privados, en demanda de apoyo, interesando en su santa y civilizadora obra á las clases todas de Barcelona; pero el Dr. Vergés, tan sabio como modesto, hace lo contrario; presiente que los acontecimientos políticos y la revolución que cierne sus negras alas sobre la capital, le serán antitéticas y estorbarán su noble intento; dotado de aquella fe benedictina que en tiempos, sin disputa más azarosos, supo erigir la iglesia que contempla sin cesar en la cumbre de la montaña, con la venia del propietario D. Juan Grós y Roca, sin medir los obstáculos que pudieran dificultar, ó acaso destruir su levantado intento, emprende y realiza, por su cuenta, la restauración. En el mismo año verifica el escombrado general, en el siguiente repara y limpia la cisterna, recoge aguas para las manipulaciones, reedifica en parte la casa cenobial, y en el de 1870 hasta Abril de 1871, lleva á feliz término la restauración de la iglesia, hasta dejar colocada en el ábside central la imagen de San Lorenzo, en el lateral Norte la Virgen María, y en el de Mediodía el Santo fundador de la Orden Benedictina.

El señaladísimo servicio que el Rdo. D. Antonio Vergés, con la abnegación y modestia cristianas dignas de pasados siglos, ha prestado á nuestra religión, al arte y á la tierra catalana, son dignos de especialísima recordación; al sacerdote, al anticuario, al poeta y al arquitecto, á todos nos interesa y debemos felicitarle y desearle que Dios premie su santa obra.

Como final añadiremos que al llegar esta mañana para saborear lo que fué Sant Llorens del Munt en los siglos medioevales, en lugar de un cadáver putrefacto, encontramos un viejo decrepito y encorvado por los años, gracias al ilustrado celo del Ecónomo de Sant Llorens Saballs que, con constancia y abnegación igual á la empleada por los fundadores, ha logrado restaurarlo y restablecerlo á su fin primordial; y con satisfacción añadiremos que, habiendo encontrado como huésped en la ermita al Reverendo Rector de los Padres Escolapios de Sabadell, que aprovecha los ocios lectivos del verano para llevar allí vida eremítica, nuestra pequeña caravana, compuesta del propietario D. Juan Grós, mis queridos hijos y sobrino, el guía y los mulateros, hemos oído la misa, celebrada por uno de los hijos más distinguidos de San José de Calasanz.



TERCERA PARTE

**Importancia artístico-arqueológica
de la iglesia**

Los que por deber profesional, ó por instructivo pasatiempo, se dedican al estudio del arte monumental, y muy especialmente, si éste pertenece al cristianismo, saben los abrojos y espinas que obstruyen su camino para encontrar tipos originarios, sin aditamentos, cambios y modificaciones de siglos posteriores. Esto se comprende fácilmente al considerar que las obras del arquitecto, aun cuando alcancen la alta estima de llamarse monumentales, llenan servicios sociales trascendentes, y que su importancia crece ó mengua con el grado de cultura en cada generación.

El hombre escribe y eterniza en las piedras, sus ideas, sus sentimientos, su fisonomía intelectual y espiritual; cuando ésta cambia, pierden su razón de ser, pero cuando son simples modificaciones, conservando en el fondo lo esencial, sufren las obras igual transformación, siendo causa eficiente de las adulteraciones, bastardías y mutilaciones que, con sentimiento, contemplamos en nuestras iglesias de siglos anteriores. Las civilizaciones egipcia, griega y romana, terminada ya su providencial misión, han perecido, y con ellas, las artes que formaban su espléndida vestimenta. No hablando nuestro lenguaje, no las comprendemos; pero los monumentos hijos del Evangelio, bajo el prisma religioso, tienen tanta importancia los de los primeros siglos de la Iglesia, como los románicos, góticos y neoclásicos; conservan incólume el mismo princi-

pio cristiano y en cada siglo sufren hondas y trascendentales modificaciones que la arquitectura tiene el noble deber de expresar, pues de no hacerlo perdería el primero de sus atributos.

En nuestras renombradas Catedrales de los siglos medioevales, falta la unidad de tiempo y de estilo, por ser producto de varias generaciones que van cambiando su cultura, conservando el mismo ideal: hay periodos en que resplandecen robustas creencias y sentimientos místicos elevados; en otros la fantasía y el oropel son los factores que señorean; en algunos casos, un falso racionalismo suple la inspiración, y la obra resulta fría y desabrida, y por regla general, las obras realizadas en los últimos periodos son antitéticas y anacrónicas con las originarias.

¿La iglesia de Sant Llorens del Munt entra en la clasificación establecida? ¿Necesitamos el ovillo de Ariana que nos guie á través de los siglos que pesan sobre el monumento, desde su consagración en 22 de Junio de 1064 hasta nuestros días?

Nada de esto: bajo el punto de vista histórico monumental, tiene interés especialísimo. Su vida enfermiza, tan decadente como calamitosa, providencialmente la ha salvado de futuros aumentos y de las mal llamadas restauraciones. Durante los siglos del Renacimiento, en que mayores profanaciones han tenido lugar, yace abandonada y en absoluto olvido; el virus gentilico, infiltrado en las ideas de sus últimos moradores, les obliga á desocupar esta santa casa en 1592; y este hecho, entonces sin ejemplar en la tierra catalana, y que posteriormente siguen los cenobitas de San Pedro de Roda en los últimos años del siglo XVIII, nos proporciona la satisfacción de estudiar hoy una iglesia, tal como fué trazada y construida hace ya más de 800 años.

Mucho se equivoca el que crea que vamos á describir una basílica enriquecida con mármoles y alabastros, mosaicos y taraceas, sublimados por la talla escultural y la policromía. Nos encontramos en Cataluña, no aun constituida; los moros guardan aún gran parte de la línea del Llobregat, y están á la vista de la nueva obra; artes embrionarias reflejan las luchas y la postración de las manifestaciones del espíritu.

La iglesia de Sant Llorens está formada por piedras toscas de la montaña, y particularmente por las areniscas rojas estratificadas. La obra no es de sillería; enseña modestamente el sillarejo

simplemente esbozado; los mampuestos son de fácil manipulación por sus pequeñas dimensiones, y en todo el edificio sólo hay un dintel que se distingue por sus dimensiones. Las fábricas son de mazonería en absoluto; la verdadera cantería brilla por su ausencia; no hay basas, fustes, abacos ni capiteles, y mucho menos arquerías despegadas y molduradas; la talla, que tan merecido favor alcanza en los últimos años del mismo siglo, no asoma en parte alguna, al paso que las cubiertas leñosas que dominaban antes del milenario, han perdido la importancia que alcanzaron en la arquitectura latina; para nada se necesitan, presentándose obra pura del alarife cenobítico. El monumento forma parte integrante de la montaña; los materiales proceden de sus laderas cambiando su forma, magnitud y situación, ciñéndose modestamente los constructores á los medios que ofrecía la localidad y sin mendigar recursos de otras regiones, más ricas y florecientes.

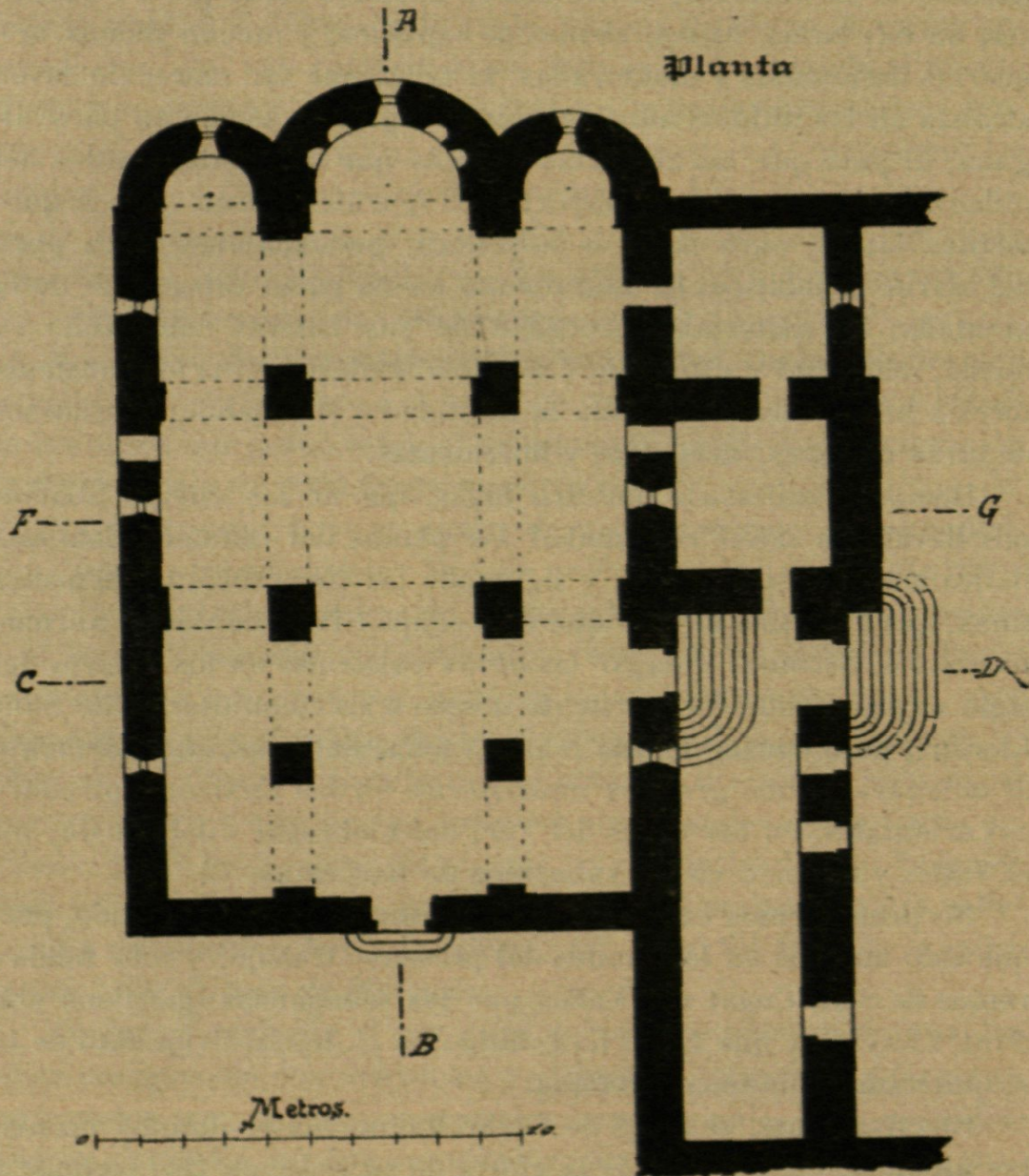
Hemos manifestado, en otro lugar, que en las nuevas filiaciones llevaba la novel comunidad los planos del cenobio. Esto que indicamos en tesis general, y siguiendo las constituciones benedictinas, ¿es aplicable al caso que nos ocupa? Para contestar afirmativamente, debemos indagar las obras existentes en los albores del siglo XI y que pudieron servir de norma á los comunitarios de Sant Llorens, pues consta de una manera fehaciente que, anteriormente al milenario, hubo grandes monasterios en las vertientes pirenaicas orientales, en los valles del Ter, del Llobregat y del Fluviá, en el Vallés y también en los suburbios de Barcelona.

No pretendemos engolfarnos en el estudio histórico-crítico, porque esto no cabe en los límites del presente trabajo, y sólo hablaremos de Sant Cugat del Vallés por las semejanzas que tiene con Sant Llorens, y que tanto ha influido en el desenvolvimiento de la Arquitectura románica catalana.

Efectivamente, si no es de Carlo-Magno, como algunos cronistas suponen, cuando menos la gloria de su erección corresponde á su hijo Ludovico-Pío. Sabemos también que Almanzor destruyó aquel cenobio en 986, y que los monjes que se salvaron de aquella terrible hecatombe, emprendieron inmediatamente la reconstrucción, aprovechando parte de los muros de la fábrica anterior, y que en el año 1011 tenían terminada la nueva iglesia.

Preguntaremos ahora concreta y terminantemente: ¿La planta

de la iglesia de Sant Cugat puede llamarse precursora y madre de la iglesia que admiramos hoy en Sant Llorens del Munt? Lo consideramos no sólo cierto, sino indubitable; y añadiremos que los pri-



meros monjes instalados en el Munt procedieron del *Castrum Octavianum*, cenobio predilecto de nuestros Condes Soberanos, como lo fué ya de los Emperadores Francos.

Para probarlo empezaremos por consignar que la iglesia de Sant Cugat es anterior á la de Sant Llorens, que era muy rica, no sola-

mente en feudos y heredades, sino por la fertilidad del grandioso valle que ocupaba, demostrándolo su vigor y su empuje, al emprender la reconstrucción, y su ánimo levantado para terminarla en pocos años.

La basilica es de tres naves, cruz latina y tres ábsides, de los cuales el del evangelio formaba parte de la obra primitiva, destruida por los árabes. El ancho total de las tres naves es de 24 metros entre muros, y la nave mayor mide 10'50 metros. Como esta iglesia se prolonga en los siglos XIII y XIV, sólo consignaremos, por ahora, que el espacio lineal entre el extremo más oriental del ábside mayor, intra muros también, hasta la línea occidental del crucero, es de 27 metros.

Cuando los nuevos benedictinos de Sant Llorens quieren construir su iglesia, en muchos puntos de Cataluña la Vieja se elevan otras varias, de igual sabor, y todas revelan los mismos ideales; hay algunas partes que parecen preceptivas, al paso que, en otras, domina criterio más holgado, ajustándose á la riqueza comunitaria y al porvenir que creen vislumbrar en la nueva comarca favorecida con la santa institución.

Antes del Milenario, nuestras iglesias tenían techos leñosos, y sólo por excepción estaban abovedados, en cuadrante esférico, los hemiciclos, y todo nos induce á creer que, debido á aquella circunstancia, pudo Almanzor causar la ruina de Sant Cugat, salvándose sólo algunas partes incombustibles, como lo eran las fábricas del ángulo Noreste de aquélla.

Creemos también que al emprender la reconstrucción del monasterio, aleccionado el nuevo prelado por la horrible desgracia acaecida al Abad Juan, su predecesor, sepultado entre las ruinas cenobiales, tiene interés en que la nueva iglesia sea incombustible, busca las nuevas prácticas orientales que asoman ya en Cataluña; y como esta obra debemos suponerla situada muy inmediata á los suburbios de la capital, porque se conservaba aún la vía Romana que pasaba por Colcerola y conducía al cenobio benedictino, es muy posible que fuera este monumento el primero de nuestra patria en que, hermanándose las tradiciones medio anticuadas con el nuevo arte oriental, tomara carta de naturaleza en nuestro suelo la arquitectura latino-bizantina.

Veamos ahora, con alguna detención, las concordancias, la

afinidad y el grado de parentesco que encontramos en las dos iglesias.

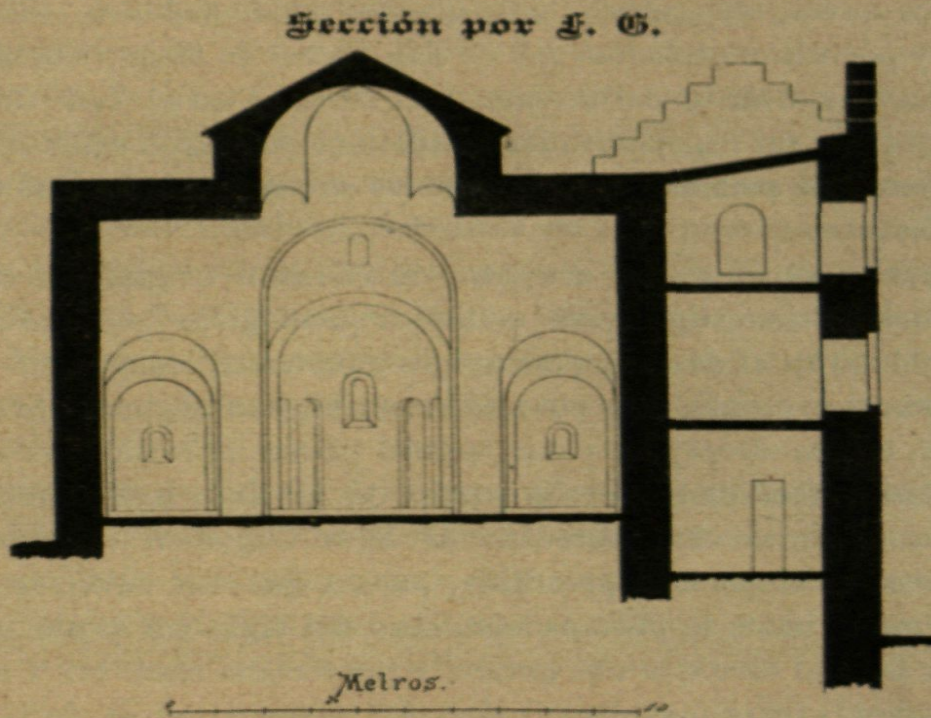
El suponer que la cimentada en la Mola de Sant Llorens es igual á la que hemos llamado su señora madre, sería ridículo en extremo, pues basta considerar que la primera, puesta en la cima de una montaña, no tiene espacio material para moverse, al paso que la segunda descansa en las grandiosas ruinas de un Castro romano, en medio de una vega en extremo feraz y pintoresca.

El arquitecto monacal sabe que el nuevo edificio ha de satisfacer los servicios esenciales de la vida benedictina, pero que esto podrá lograrlo tomándolo de su predecesor; sabe también que el personal comunitario de Sant Llorens será inferior á la primera, y que el número de romeros que acudirán al nuevo centro, por naturaleza, será más reducido; que en el Munt no hay los medios para que su iglesia tenga el aroma ni la grandiosidad de forma que aun hoy admiramos en Sant Cugat; pero como su objeto, al fundar el nuevo centro, es huir de las grandezas mundanales y hacer un cenobio que recuerde la casa matriz de Monte Casino, situada en la más alta é inhospitalaria cumbre de la Campania, venciendo los más arduos inconvenientes, traza los planos de la iglesia, con la manifiesta intención de que, conservando en integridad absoluta los servicios comunitarios, los reducirá en largo y latitud, acomodándolos á la forma y estructura del nuevo emplazamiento. Resolviendo, en definitiva, reducir la escala lineal á la mitad, por cuyo medio los departamentos similares de una y otra guardarán la relación de cuatro á uno.

El probarlo es tarea fácil y cuestión de números, porque de la iglesia de Sant Cugat hemos dicho ya que se conserva la parte románica comprendida entre el ábside mayor y el crucero, ambos inclusive, y Sant Llorens del Munt lo vemos en su integridad originaria.

La primera tiene de ancho, intramurós, 23'50 metros, al paso que la segunda, en iguales condiciones, es de 11'23 metros. La longitud de la primera, desde el extremo del ábside mayor hasta el crucero inclusive, es de 27 metros, cuando la segunda alcanza solamente 13'98 metros; la inflexible lógica del metro prueba la respectiva proporcionalidad de ambas iglesias, atendida su extensión, pues las ligerísimas diferencias encontradas, prueban el acierto y exactitud de los replanteos respectivos.

Ambas iglesias son de tres naves: la mayor de la primera es de 10'50 metros, al paso que la de la segunda tiene 4'25 metros. Las naves menores de Sant Cugat tienen 5'50 metros, cuando las de su hija sólo alcanzan á 2'47 metros, porque el espesor de los muros intermedios de la primera son proporcionalmente mayores que los respectivos de la segunda.



Las partes en que quedan transversalmente divididas son también análogas, pues en ambas, entre el crucero y el frente de los tres ábsides respectivos, resulta igual similitud; los campanarios respectivos son cuadrados, están situados en la parte Sur en el eje de los cruceros, y las sacristías, situadas en la parte oriental del ábside menor, en forma y disposición son similares. Resultando en consecuencia que la iglesia de Sant Llorens, ignográficamente considerada, es una reducción á mitad de escala de la iglesia construida en Sant Cugat.

¿Esta disposición es igual á la que ostentan las iglesias benedictinas en la primera mitad del siglo XI? De ningún modo, y sobran ejemplos para probarlo. Sant Benet de Bages, Sant Pere de Camprodón, Sant Pau del Camp en Barcelona y Santa Cecilia de

Montserrat, tienen una sola nave y no obstante ostentan crucero prolongado.

Hay algunas también de forma basilical, sin travesero, como Sant Martí de Canigó; otra hay como Sant Pere de Besalú, que tiene las tres naves en forma de cruz y un ándito alrededor del ábside central, enriquecido con tres hemicíclios menores, intermediados con ventanas bajas; hay la de Santa María de Ripoll, descompuesta en cinco naves, travesero y siete ábsides establecidos en una sola línea, y por último tenemos las de San Pedro de Roda, situada en la punta más oriental del Pirineo, y la de Cuxá en el Valle de Conflent, que por sus especialísimas condiciones merecen estudio detenido, pero que podemos afirmar que no se parecen á las dos mencionadas.

Resuelta ya en parte, creemos, la cuestión originaria, continuaremos las investigaciones crítico-arqueológicas que confiamos nos conducirán al deseado puerto que anhelamos encontrar.

Hasta el presente, aun cuando la senda, con algunos abrojos y espinas, estaba despejada y con segura planta la hemos recorrido con relativa facilidad; pero á partir de la línea más Occidental del crucero entra el monumento de Sant Cugat en veredas desconocidas en el periodo primitivo, puesto que las naves en toda su extensión hasta la portada son obra del siglo XIII y por consiguiente falta el faro que nos guiaba y proyectaba clara luz á nuestras modestas investigaciones.

¿Puede conjeturarse hoy, apoyados en las obras actuales, que antes de la obra gótica de la iglesia de Sant Cugat hubo otra románica de los primeros años del siglo XI? ¿Podemos averiguar si la disposición románica de la primera en su parte ignográfica concordaba con la posterior hoy visible? Creemos fundadamente poder contestar las dos preguntas empleando el lenguaje de las construcciones de ambos cenobios tan elocuente como expresiva, huyendo de los monumentos paleográficos propios del historiador ó del analista, pero no del arquitecto.

Procedamos á la demostración empezando por Sant Llorens.

Encontramos que, después del crucero, continúan las tres naves de la iglesia en la longitud de 7'38 metros, hasta la fachada actual, que después demostraremos que no llegó á tener la galilea.

La nave está dividida, en ambos lados, por dos rompimientos

semicirculares, cuyo diámetro es de 2'80 metros y los pilares intermedios tienen 1'09 de frente por 0'90 metros de latitud, creyendo pertinente observar también que los arcos, que en línea de los anteriores enlazan los ábsides con el crucero, alcanzan 3'42 metros, cuando los primeros, obedeciendo igual intención, sólo miden 2'80 metros de anchura.

Esto, visto á la ligera, parece error ó distracción, y si no queremos sentar plaza de superficiales ó ignorantes, debemos averiguar las causas que lo motivan. Para ello, auxiliados con los datos encontrados en Sant Llorens, volvamos á la casa Matriz situada en el *Castrum Octavianum* en demanda de auxilio.

En la Memoria leída en 27 de Junio de 1880 ante la Asociación de Arquitectos de Cataluña, hablando de este monumento, al ocuparnos de su grandioso claustro (página 31) decíamos: «El Abad »Odón á quien hemos visto en el año 986 desplegar noble energía »para devolver á la comunidad sus temporalidades y privilegios, »se ocupa incansablemente en edificar la casa del Señor. Nombrado »en el año 1008 Obispo de Gerona, le sucede el monje Witardo, »quien termina la iglesia á los tres años y agota los recursos del »monasterio. Varón tan docto como resuelto, careciendo de medios »para construir el claustro, alma de las casas monacales, proyecta »vender algunas tierras para aplicar su producto á tan justa necesidad, pero considerando la delicadeza y escrúpulo con que debe »manejarse el patrimonio del Señor, convoca á los Obispos de »Barcelona, Gerona, Vich y Urgel, respectivamente, llamados Deus »Dedit, Pedro, Borrell y Armengol, les manifiesta la necesidad que »tiene de construir el claustro, y les pide consejo sobre la conveniencia de enajenar una parte de los bienes para realizarlo. »Obtenido el permiso, vende al Conde de Barcelona Ramón Borrell III y á su mujer Ermisenda, unos alodios del monasterio por »el precio de veinticinco onzas de oro, con la obligación de destinar exclusivamente dicha suma á la construcción que contemplamos. La escritura es del año del Señor, 1013, y está copiada »en el apéndice de la obra que escribió el monje Muxó de Francolí »en los últimos lustros del pasado siglo.»

Más adelante, hablando de este mismo claustro (pág. 40), decíamos también: «La obra empieza por el ala Meridional lindante con »la iglesia, sigue la Oriental, continuando después las del Norte y

»de Occidente hasta unirse con el ángulo Noroeste que acusa un ligero error de replanteo.»

Los dos párrafos copiados fueron escritos en una época en que ni siquiera podíamos soñar sirvieran para esclarecer hechos que, sólo incidentalmente, se refieren al cenobio fundado por Ludovico-Pío.

Veamos inmediatamente lo que se desprende de los dos: 1.º Que el Abad Odón, iniciador de la reconstrucción de 986, tiene que abandonar la obra en 1008 por haber ocupado la sede Gerundense y que le sucede en la prelación de Sant Cugat el monje Witardo, que termina la iglesia á los tres años, es decir, en 1011. 2.º Que esta referencia manifiesta que no puede en absoluto aplicarse á la iglesia actual porque gran parte de la misma fué construida en los siglos XII y XIII. 3.º Que el nuevo Abad Witardo, que en 1011 había gastado en la construcción de la iglesia las rentas comunitarias, pide permiso á cinco Obispos, y éstos lo conceden, para vender los feudos que poseían y eran necesarios para la obra del claustro, siendo los compradores nada menos que los esclarecidos Condes de Barcelona Ramón Borrell III y su esposa; que el precio de la venta fueron veinticinco onzas de oro, con la obligación expresa de invertirlos en el claustro. 4.º Que dicha venta se verificó en 1013; y 5.º Que el 2.º apartado transcrito manifiesta la creencia que teníamos en 1880 y en la que hoy nos ratificamos, que el claustro empezó por la cara Meridional lindante con la iglesia, lo que robustece también el concepto de que la iglesia estaba terminada en toda su longitud y en disposición para recibir las cargas de la citada galería Meridional que técnicamente le correspondía inaugurar para las solemnidades del culto por estar directamente relacionada con la nueva iglesia. El muro que separa el claustro de la iglesia y que para nosotros tiene importancia capital, felizmente ha llegado á nuestros días, y es la verdadera clave del estudio histórico-técnico que perseguimos. Dicho muro, que mide 35'50 metros de longitud, empieza por su parte Oriental en el comienzo del ábside menor del Evangelio, conserva en su integridad la portada de ingreso, del claustro á la iglesia, y termina en el extremo Oeste del cañón seguido, al empezar el esbiaje, necesario para su acuerdo con el de la galería Occidental, ofreciendo la singularidad de que este punto coincide con la línea transversal

de los machones aislados más inmediatos á la fachada, manifestando que en aquel relatado punto terminaba la iglesia concluida en 1011 á que nos referimos, y debieron conocer los monjes que en menor escala la llevaron á Sant Llorens.

Veamos ahora si los detalles confirman lo que en conjunto consideramos indubitable.

Hemos dicho ya que la distancia que en Sant Llorens separa el crucero de la fachada, mide 7'38 metros, y que los muros longitudinales de la nave mayor están descompuestos en dos rompimientos de 2'80 metros cada uno y un pilar central cuyo frente es de 1'09 metros con el grueso, en la transversal, de 0'90 metros.

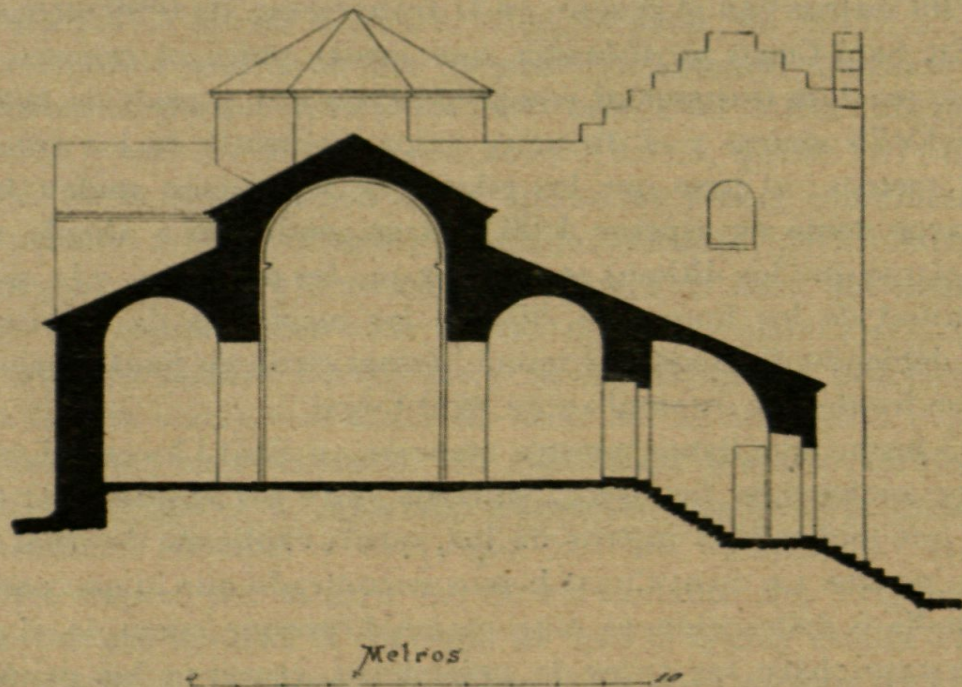
En Sant Cugat la distancia que media entre el crucero y el último machón transversal comprendiendo dos tramos de la nave mide 15'75 metros y el diámetro respectivamente de los arcos es 5'87 metros, al paso que los pilares de separación miden tanto en largo como en espesor 1'00 metros, pudiendo á simple vista apreciarse que los últimos son dobles que los primeros, y la menor magnitud de los huecos es hija de los machones de separación que, debiendo dividirse por mitad, conservaron en Sant Llorens el mismo frente que ostentaban en Sant Cugat.

El hecho que llamó nuestra atención en Sant Llorens al ver la mayor anchura de los arcos, situados entre los ábsides y el crucero que miden 3'42 metros de luz, queda explicado de igual manera, porque en Sant Cugat hemos encontrado que lo que parecía anomalía ó distracción es muy racional, porque como en el presente caso, hace las veces de presbiterio, creyeron los primeros constructores que debían aumentar su magnitud y miden 7'00 metros. Terminaremos esta parte seca y desabrida, por referirse á la ciencia matemática que, con la lógica inflexible de los números, explica lo que hicieron los benedictinos en la primera mitad del siglo XI, manifestando que la iglesia del Munt desde el extremo del ábside mayor hasta la fachada mide 21'37 metros; cuando el de Sant Cugat, desde el mismo ábside mayor hasta la línea, no de la fachada principal, sino hasta la transversal inmediata anterior suprimiendo el primer tramo, mide 42'75 metros. Por último añadiremos que la primera ha llegado hasta nuestros días tal como la dejaron los constructores del siglo XI, al paso que la segunda aparece ennoblecida con las preesas que distinguieron al arte medio-

eval, conservando las cotas primitivas, y sólo se permitieron, impresionados más por las catedrales góticas que por los monumentos benedictinos, aumentar la crujía inmediata á la imafrente, de 7'50 metros, siendo la longitud de la iglesia de Sant Cugat desde el siglo xiv, la total de 51'50 metros intramuros.

En la parte Sur de la iglesia de Sant Llorens campea el campanario, y es digno de especial estudio, por el error de capacidad relativa que produjo fatales consecuencias.

Sección por C. D.



La torre campanario de Sant Cugat estaba sin duda ya construída, cuando quieren, los benedictinos del Munt, tomarla por modelo. Situada en el eje transversal del crucero en las dos iglesias, las plantas de la torre y del cimborio en la primera, están en la relación de 7'00 por 11'50 metros, y en consecuencia al trasladarlas á Sant Llorens á la mitad debían tener 3'50 por 5'75 metros, cuando en esta última acusan hoy 6'40 la torre y 6'50 el cimborio, es decir, que la segunda ha conservado su proporcionalidad, al paso que la primera ha aumentado 1'90 metros.

Esto manifiesta que la proporción madre de la arquitectura, en esta parte, ha desaparecido, y las consecuencias las encontraron

después al emprender la construcción. Al llegar la torre á la altura de las naves de la iglesia vieron que el cimborio de ochavado, tenía menor importancia que el cuadrado que ofrecía el campanario, es decir, que el accesorio tenía mayor importancia que la idea principal, resultando aún más perjudicado, porque sólo distaba de la torre el ancho de una crujía menor igual á 2'42 metros. Resultando que la última ha llegado hasta nosotros sin terminar, poniendo en épocas posteriores una crestería con apariencia de frontón escalonado para corregir el error originario.

El estudio comparado de las dos iglesias benedictinas proporciona datos y enseñanzas preciosísimas para el desenvolvimiento histórico-crítico de Sant Cugat, imposible de descifrar sin tales antecedentes. Sant Llorens nos facilita copia á mitad de la escala, de su planta, hecha en la primera mitad del siglo xi, y por consiguiente, tal como la reedificaron después de la catástrofe de Almanzor y que ha llegado á nuestros días en su integridad primitiva y nos dice también que su iglesia sólo pudo tener intramuros 42'75 metros de longitud que coinciden con la línea occidental interior del claustro.

Nos manifiesta además que en Sant Cugat, sólo es del siglo xi la parte que comprenden los tres ábsides y el tramo transversal que media entre aquéllos y el del cimborio. Que este último es obra ya de la primera mitad del siglo xiii, así como las tres naves de la iglesia y las tres capillas laterales, situadas en la parte del Mediodía, entre el campanario de los últimos años del siglo x y la fachada del xiv. Revelándonos clara y terminantemente que la planta de Sant Cugat, construída á raíz de la reconquista, no es hija de las tradiciones de nuestro suelo, que sus antecedentes no pueden encontrarse en España, ni en Provenza, ni tampoco en la Italia Occidental, y que deben encontrarse en las orillas del Adriático, en la isla de Sicilia, en Grecia, en el Asia Menor ó en otra parte de la región Oriental en que floreció desde el siglo vi la arquitectura hija de Bizancio.

Para probarlo manifestaremos que, en las lagunas Vénetas, hay la iglesia de Santa Fosca; en Palermo la Martorana; en Atenas el Catolicon y el monasterio de Daphne; en Thessalónica, Santa Sofia, y San Bardías; en Constantinopla, la Theotocos (la Madre de Dios) y en Trebisonda Santa Sofia también, que ostentan tanto

en su disposición ignográfica como en la rectitud de sus paramentos, cimborios y pilares, iguales principios á los que modestamente vemos en Sant Llorens; probando hasta la evidencia, que la intención del monje constructor de la del Munt, fué que no sólo debía seguirse la nueva forma, del todo oriental, que debía policromarse, como en su inmensa mayoría lo son las que acabamos de mencionar.

No hemos aludido San Vital de Rávena, Santa Sofia de Constantinopla y San Marcos de Venecia, porque, en el cielo del arte bizantino son estrellas de primera magnitud que las iglesias de segundo orden no pueden alcanzar, aun cuando se hallen en la afortunada región neogriega que dió nuevo ser á la arquitectura cristiana, en los siglos de decadencia occidental.

Lo que acabamos de mencionar nos induce á creer que la distancia de 7'50 metros que media entre la iglesia primitiva y la actual serviría para la instalación del nartex ó galilea que es cuasi preceptivo en las iglesias mencionadas, extendiéndose hasta la Siria central, y que en Cataluña lo vemos ya en Sant Pere de Roda en el siglo XI, en Ripoll, en Poblet y en la antigua Catedral de Lérida, pues aun cuando los tres acusan el estilo peculiar de los primeros años del siglo XIII, recientes investigaciones han evidenciado que la basílica de Ripoll tuvo ya en el siglo XI un nartex ó galilea que formó parte de la obra primitiva. Consideramos también que en el extremo Norte de la supuesta galilea debió existir la puerta que comunicaba directamente con el claustro, como lo vemos también en la situada en la confluencia del Ter y del Freser. La escalera del interior del muro, la consideramos posterior para ascender á las dependencias cenobiales ó al palacio abacial. El claustro en aquella época estaba en plan terreno, pues el piso alto actual es obra del Renacimiento.

Antes de separarnos del cenobio benedictino más popular en la baja Cataluña, á fuer de agradecidos tenemos el, para nosotros, ineludible deber de saludarlo.

¿Por qué cuando en 1880 la Asociación de Arquitectos practicó su primera excursión, por unanimidad acordaron los compañeros que el monumento visitado fuera el que hoy hemos de nuevo estudiado, en demanda de auxilio? ¿Por qué cuando nuestro Municipio forma un Museo de reproducciones, lo primero

que llama su preferente atención es reproducir y colocar el claustro en sitio distinguido? ¿Por qué nuestros noveles artistas, escultores y pintores, decoradores y tallistas, acuden con afán á estos muros venerables, buscando lo que no saben encontrar en la Ciudad Condal? Porque esta santa morada es la *Casa Payral* de los artistas catalanes, á los que recibe con amor, con cariño filial, tiene golosinas para todos sus visitantes, y ni uno solo de los que habla nuestra lengua materna se da por engañado, cuando tramontando la cordillera regresa á su hogar.

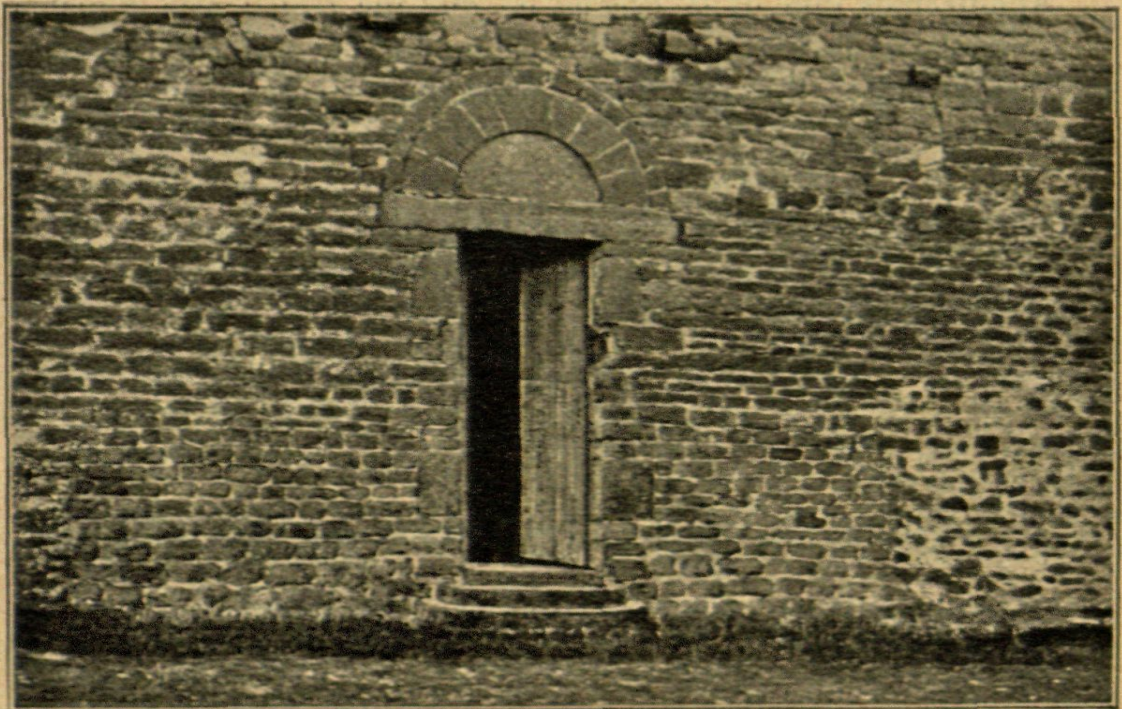
Añadiremos que de la escena de que fué teatro este claustro en 27 de Junio de 1880, todos los compañeros conservan recuerdos inolvidables, no por las desaliñadas frases que pudimos pronunciar, sino por el aroma poético que á todos nos fascinaba al encontrarnos fraternalmente reunidos en la sala hipetra más esplendente de nuestra querida Cataluña. Hoy en nuestras postrimerías dirigimos cariñoso saludo á cuantos nos favorecieron en aquel día memorable.

Habíamos perdido la pista de la casa matriz y acudimos á Sant Cugat en demanda de auxilio, en la cuasi seguridad de que no nos faltaría para resolver los problemas que entraña el origen de Sant Llorens del Munt.

¿La planta de esta iglesia, tal como la encontramos hoy, podemos considerarla acabada por los alarifes de la primera mitad del siglo XI? Creemos que falta algo esencial, porque invariablemente lo encontramos en los monumentos bizantinos anteriores al siglo XI; aun cuando sospechamos que no fué deficiencia sino obra que no llegó á construirse.

Es tradicional en Cataluña que los Santuarios en despoblado y los eremitorios tengan pórtico, atrio cubierto ó simple cobertizo que proteja la entrada de la iglesia; y esta costumbre se conserva desde los primeros tiempos de la reconquista. Suponer que esta iglesia se separa de la regla general, no es presumible, y mucho menos, cuando hay datos que confirman lo contrario. La parte absidal está terminada con amor, las caras laterales revelan igual distinción, cuando lo que debió ser la imafronte es un muro sin la menor apariencia de fachada con una puerta adintelada impropia del siglo XI, un *oculus* que alumbra la parte interior y la espadaña en su coronación, mal relacionada con la iglesia. Además,

así como en la parte absidal el terreno presenta gran pendiente en descenso, la anterior forma extensa plazoleta que por el Sur está relacionada con el claustro embrionario, edificado á raíz de la consagración, revelando la idea de construir una galilea á la mitad de la escala de la que debieron haber visto los monjes en Sant Cugat, al igual también á las que admiramos conforme hemos manifestado en las iglesias románicas más eximias de nuestra tierra, en la parte oriental de Europa ⁴.



(Cliché de B. BASSEGODA)

Portada de la iglesia

De la vivienda claustral, nada ha llegado hasta nosotros, faltando en absoluto el aula capitular, la biblioteca y las dependencias cenobiales complementarias. Desconocemos también la casa abacial y la pabordía que tanta importancia debió alcanzar dadas las riquezas que atesoraba el monasterio. Sólo resta el ala meridional del claustro no terminado, que por sus dimensiones pudo haberse hecho á la mitad de la escala de la galería similar de Sant Cugat, algo agrandada, puesto que mide 2'60 metros de ancho cuando el primero tiene 4'00 metros. Debemos advertir que

por razón topográfica y climatológica está situado al Mediodía cuando el primero ocupa la parte septentrional. Añadiremos, por último, que en la cara Norte de la iglesia, debajo del cimborio, hay un postigo de 0'75 metros de ancho que debió relacionarse con alguna dependencia hoy desaparecida.

La construcción es sencilla y razonada, arranca de la continuidad de muros, sus gruesos son proporcionados y los contrafuertes brillan por su ausencia. Los pilares intermedios entre las naves, siguen la intención de los respectivos muros, el largo es superior á su tizón aumentando las dimensiones longitudinales. El grueso de los muros varía con las crujías, entre los límites de uno á cuatro en la nave mayor, y de uno á dos y medio en las laterales.

Las bóvedas están formadas por roscas de sillarejo, cuyo espesor relacionado con los muros es de uno á dos, separándose de este principio el cimborio apoyado en pechinas similares á las de Sant Pau del Camp, en Barcelona. Los ochavos que la transforman en octógono regular, con marcada tendencia á convertirse en hemisiciclo esférico, manifiestan una mano fácil para el aparejo de las trompas de acordamiento, muy superiores á las visibles en Sant Jaume de Frontanyá y en otros monumentos del siglo XI. La solidez, acreditada por un servicio regular de 600 años y dos siglos de abandono, es digna de consideración, por no presentarse grietas ni sedimentos, y añadiremos que poquisimas iglesias románicas, incluyendo en las mismas la de Sant Cugat, han llegado á nuestros días sin los achaques propios de la senectud, á pesar del abandono y orfandad en que la dejaron los monacales; y las calamitosas circunstancias que sufrió en los primeros años del presente siglo, pues bastan ligeras reparaciones para alargar su existencia dilatados años.

Lo primero que admiramos en su planta es la sencillez, espontaneidad y armonía; no sobra ni falta nada, las formas son claras; las articulaciones, sentidas y expresivas, las transiciones fáciles y ponderadas, y tanto la euritmia como la simetría bilateral campean sin fatiga.

Si de la planta pasamos á los alzados, sorprende agradablemente su mutua relación, pues los segundos son consecuencia lógica de la primera; la idea dominante es presentar, desde la por-

tada, los tres hemiciclos del fondo distantes y misteriosos, alargar las distancias y el movimiento sucesivo de las naves y crucero, y para ello se emplean medios y recursos que sólo poseen los artistas de escuela.

Hace muchísimos años (en 15 de Agosto de 1851), levantando los planos de San Pedro de Roda, encontramos que la nave mayor, en lugar de ser rectangular prolongada era trapecial; que su lado mayor lindaba con la portada y el menor correspondía con el crucero. Observamos también que este último en lugar de ser cuadrado presentaba cierta convergencia relacionada con el eje rectangular y observamos además que el ábside mayor y su ándito envolvente, presentaban igual disposición, al extremo de que, acusando 6'90 metros de anchura la nave mayor, junto á la portada, el citado hemiciclo tenía cuatro metros. Los artistas que nos acompañaban eran D. Valentín Carderera, distinguido arqueólogo y publicista que oficialmente vino á Cataluña para estudiar el monumento, y nuestro inolvidable amigo D. Pablo Milá y Fontanals, Catedrático de Estética de la Academia de Bellas Artes. Ambos reconocieron la importancia del hecho, que creyeron intencional y revelaba profundos conocimientos, pues su efecto escenográfico era admirable, y sólo así pudimos explicarnos la fuerte impresión que nos había producido. Hemos tenido ocasión después de comprobarlo en algunas iglesias de Cerdaña y del valle del Ter, entre ellas San Juan de las Abadesas y sobre todo en la Sede románica de Urgell, en que la nave mayor medida en su encuentro con la imafronte tiene 8'50 metros de ancho y en la transversal del crucero 7'40 metros de latitud.

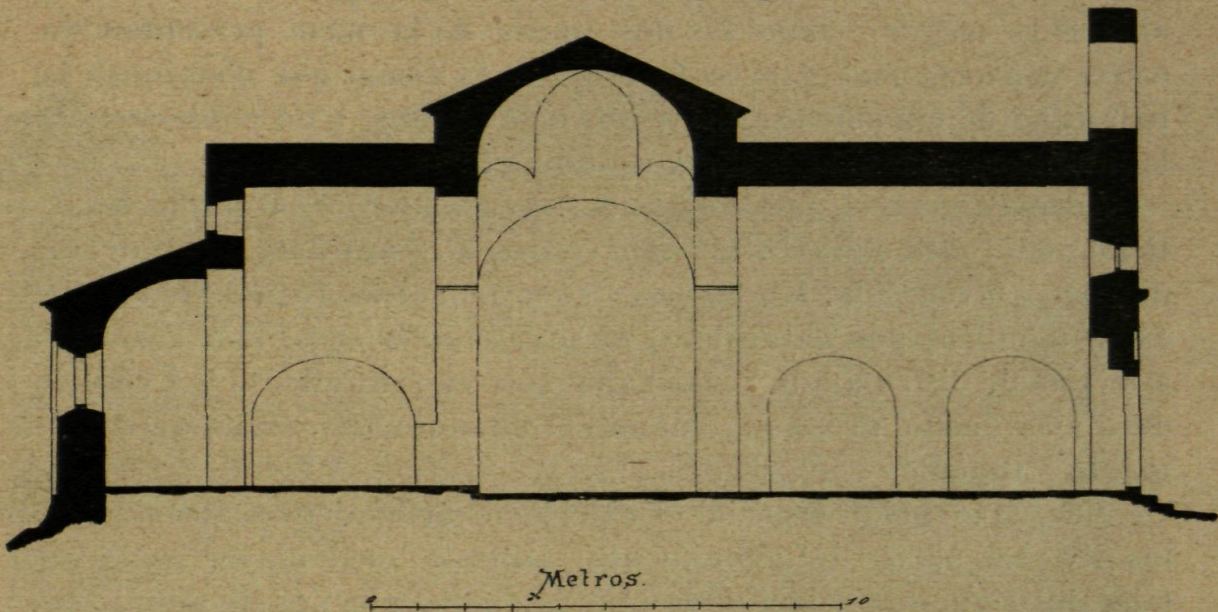
Esta tradición oriental, sólo la encontramos generalizada en el siglo XI y se pierde ya en los monumentos de los últimos años del siglo XII.

Verdadera satisfacción tuvimos al encontrar que el monje constructor de Sant Llorens sabía algo de la convergencia y que se había impuesto serios trabajos para realizarla en su iglesia; cuando buscándola con verdadero amor no supimos encontrarla en Cuxá, en Sant Martí de Canigó ni en Santa María de Ripoll.

En Sant Llorens la nave mayor junto á la puerta principal mide 4'25 metros de anchura y junto al arco toral del ábside mayor 4'00 metros; el expresado arco mide 3'76 metros y el diá-

metro del hemiciclo 3'46 metros. Estudiada la convergencia de las naves menores encontramos que la de la izquierda entrando, junto á la fachada mide 2'42, que el extremo opuesto acusa 2'17 metros y el diámetro del pequeño hemiciclo sólo alcanza 1'90 metros. Resultando que la convergencia del mayor es de 0'79 metros y la de los menores 0'52 metros.

Sección por A. B.



¿Debemos sí ó no confesar que los monjes, en la primera mitad del siglo XI, conocían ya ciertos principios del arte, que nosotros hoy, con nuestra tan cacareada cultura desconocemos? ¿Debemos sí ó no confesar, vuelvo á repetir, que el modesto benedictino que replanteó la traza de su iglesia en la más elevada peña de Sant Llorens era artista y que su obra señala verdadero progreso en nuestro arte? Las respetuosas consideraciones que sugiere la vista de una obra erigida en los momentos precisos en que los moros dominan los montes de la orilla derecha del Llobregat y pueden saborearla y admirarla, prueban elocuentemente que en aquellos tiempos remotos, los trabajos de la reconquista de nuestro suelo se hermanaban con las artes de la paz que señalan la cultura de los pueblos. Estas diferencias de anchura, para las personas indoctas nada significan; pero para el verdadero artista, revelan una intuición, un sentimiento delicado y capaz de transmitir á los

demás el secreto de las líneas, como tan admirablemente lo sintieron los helenos en el siglo de Pericles. Estas diferencias manifiestan que el benedictino constructor sabía lo que eran puntos de vista y de distancia, lo que puede aumentar los efectos esceno-gráficos que acrecen el juego variadísimo de los lineamientos, presentan agrandadas y más expresivas las manifestaciones del arte monumental cristiano.

Cuando salvamos la puerta principal y dirigimos las miradas al ábside mayor, como las dos líneas de la nave presentan ya cierta convergencia, ésta es favorable á la visual que disminuye la magnitud de los objetos, los vemos más lejanos, y en consecuencia la manifestación se agranda y sentimos la grandiosidad.

Además como el mismo ábside, presentado como punto final, tiene podio más elevado, la visual salva la escalinata, encontrándose más favorecida. En las bóvedas y arquerías, como los torales están también, por naturaleza, en planos inferiores, todo favorece á la visual, disfrutamos ideales que sólo el sentimiento del verdadero arte puede producir, cuando el monumento está magistralmente estudiado.

Merece mención especial el rigorismo armónico establecido en las diversas partes del monumento; tanto la nave mayor como las laterales siguen la relación de uno de ancho por dos de altura; en el crucero es de uno á tres, en los ábsides de uno por uno y medio, observándose iguales principios en las arquerías laterales para que en primer término domine la longitud y después la elevación, subordinando las demás partes al logro de tales fines.

Hemos apuntado ya que en el interior de la iglesia no hay talla ni moldurado y creemos que en rigor no los necesita; debilitaría los cuerpos y acusaría su pequeñez; el conjunto de arquerías, resaltos, bóvedas y cascarones los suplen ventajosamente, y si, como creemos, la policromía animó con tintes místicos los muros y bóvedas interiores, acabaremos por convenir que el arte en la primera mitad del siglo XI era expresivo y reflejaba la beatitud hermanada con el heroísmo de nuestros progenitores. La obra única que interiormente decora el monumento es rehundida; son cuatro hornacinas abiertas en el ábside mayor, dos por parte que flanquean la ventana del eje de simetría. Los pilares que las dividen no tienen fustes, basas ni capiteles, el conjunto es severo y

agrandada la forma con sus contrastes de claro-oscuro. Su empleo no es típico de Sant Llorens. Las encontramos en San Pol de las Abadessas, en Sant Jaume de Frontanyá, sus contemporáneos y similares; considerados el embrión de las espléndidas manifestaciones que en el siglo XII vemos en los ábsides mayores de Cornellá de Conflent, de Sant Martí Sarroca y la Colegiata antigua de Solsona.



(Cliché de FRANCISCO DE A. ROSENT †)

Abside de la iglesia

Hermosa silueta presenta el monumento por su exterior; el arquitecto, tan parco en el interior, creyó que debía realzar la frialdad de los tres ábsides rompiendo los paramentos con fajas verticales y lobulados ciegos que reciben el bocelón en que descansan los vuelos de los tejados. Además en las ventanas centrales de los mismos hay un principio de policromía natural, combinando dovelas de arenisca roja, con las de caliza que forman dos tonos contrastados y armónicos que acentúan esta parte singular. Los paramentos laterales exteriores siguen igual sistema.

La parte que en Sant Cugat está destinada á sacristía, tesoro y vestuario, la encontramos en Sant Llorens, con la diferencia de

que no sólo es más pequeña por haberse realizado á la mitad, si que también, porque parte del aumento dado á la planta de la torre, se hizo á expensas de la sacristía.

Este sitio sigue la línea oriental de los ábsides; por el Sud está más separado del cimborio que el primero; los pueblos de la comarca Vallesana lo ven mejor porque las obras altas de la iglesia no cortan las visuales. Esta obra parece del siglo XII y es similar á su congénere de la Seo de Urgel, que tiene campanarios en ambos lados de su grandioso ábside, llegados á nuestros días sin terminar.

Esperamos con afán que la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia, la Academia de Bellas Artes, la Asociación de Arquitectos de Cataluña y sobre todo que nuestras beneméritas sociedades Catalanistas considerarán como cuestión de honra para el Principado, salvar y transmitir á las generaciones venideras un monumento que conserva en sus venerables muros, páginas brillantes de nuestra pasada historia y la cultura y el ideal de nuestros progenitores, en un período en que la inmensa mayoría de los pueblos de nuestra España sufría la coyunda de las razas mauritanas.

El presente estudio lo dedicamos á la ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA, á la que profesamos intenso cariño, como recuerdo de la primera excursión reglamentaria verificada en 27 de Junio de 1880, y en la que, como hemos ya manifestado, leímos los primeros apuntes sobre Sant Cugat del Vallés.



NOTAS

¹ La *Crónica Universal de Cataluña*, escrita á principios del siglo décimoséptimo por Jerónimo Pujades, tomo 7.º, pág. 87, dice hablando de la Cueva Simana ó Simaña: «Hállase sobre la ermita de la inclita virgen y mártir Santa Inés, subiendo á la cumbre donde estaba el sobredicho monasterio de San Lorenzo, del cual habemos tratado en el capítulo pasado, dejando su camino de la izquierda y tirando por el de mano derecha. Tuerce la cueva del Oriente hacia el Septentrión, y está casi como una galera trastornada. Al principio es clara por la luz que entra por su grande y anchurosa boca, y después son menester luces y hachas para poder andar por ella. Tiene al principio una anchurosa plaza, la cual se va después estrechando y rematando en dos diferentes caminos harto espaciosos. El de mano derecha es de más de 300 pasos de largo, y á los dos lados tiene en la viva peña unos abujeros grandes como el postigo de las puertas que suele haber en las fortalezas; cada uno de estos abujeros tiene su cueva ó calle, digamos así, pero por ser angostas y bajitas entran muy pocos en ellas. En otra calle que está á mano izquierda del que entra, tiene más espacio, y es tan larga que en ella no se halla centro. Hace sus ramos como á calles, y á las veces se hallan algunas plazas, y en ellas en la viva peña, se ven bultos y figuras de hombres, mujeres y niños desnudos y descalzos, brazos, piernas y otros miembros tan formados como si fueran vivos, en forma de carnicería donde cuelgan los cuartos de animales y otras cosas que casi son increíbles. Entrando muy adentro, los de flaco ánimo no osan pasar más adelante espantados del rumor de cierta agua que allí sienten: pero los que son de más ánimo y varoniles corazones que entran más adentro, han visto más; y he oído á personas fidedignas que entraron una vez en compañía de uno de los ermitaños de Santa Inés, especialmente á un sacerdote beneficiado que era de la Iglesia de Santa María del Pino de Barcelona, llamado Ermendia, el cual si bien es verdad que dijo que no osó entrar adentro y se quedó fuera, pero que los otros dos que con él habían subido con un mozo de buen corazón y ánimo, se resolvieron á entrar hacia donde oían el rumor y ruido que hacía el agua, y que al cabo de un gran trecho hallaron de donde salía aquel ruido, de esta suerte y manera.

Destilaba dicha agua de las peñas cayendo en una que formaba á modo de un grande estanque: acercaron las luces que llevaban, y vieron el agua tan clara que pudieron ver el suelo del estanque, el cual estaba muy limpio de cieno y demás que acostumbran á dejar las aguas cuando están estancadas, de manera, que echaron de ver que se podía vadear sin peligro. Con todo tentaron el vado como discretos con una pértiga ó palo de los que llevaban, y hallando muy fácil el paso, el ermitaño y el mozo se descalzaron. El mozo cargó con su amo á cuestas, y así los tres pasaron á la otra parte; allí vieron que aquella agua que estaba en aquel estanque ó balsa iba discurriendo por un conducto ó canal cavado en la misma peña hasta llegar á un ojo grande y cuadrado como la boca de algunos silos, que á juicio de los que lo vieron, parecía artificial y hecho á martillo á fin de vaciar aquellas aguas de arriba. Éstas precipitándose por aquel abujero caen por las peñas y rocas, descendiendo con gran ruido y rumor hasta el profundo al que no se le halla suelo; si bien es verdad que los que las han visto, juzgan que deben desaguar en alguna fuente ó fuentes de las muchas que se hallan al pie y falda de aquella grande montaña. Pasado este ojo, albañar ó estanque y entrando más adentro un buen trecho, hallaron una grande plaza, y al derredor muchos portales de más de media pica en alto, los cuales parece dan entrada á diferentes calles. Era imposible en poco tiempo andarlo todo, y entretenerse mucho no era sin manifiesto peligro, por cuanto habiendo entrado por una de aquellas grandes portadas y hallado una plaza que después se iba estrechando como á calle (el que me contaba esto era el sacerdote y beneficiado del Pino llamado como dije Ermendia, con el cual entraron Solomón de la villa de Granollers y Oliveras labrador que tiene casa en la misma montaña vecina) me dijo que vieron y hallaron una grande masa de estiércol negro y reciente que les hizo sospechar fuese de alguna bestia fiera y selvática que debía de tener allá su albergue y guarida, y que al ver que dicho estiércol estaba algo líquido juzgaron que la fiera estaba dentro ó había poco que saliera fuera; por lo que el miedo que no saliese la fiera de lo más profundo de la cueva, si es que estuviese dentro, ó al recogerse, dado que estuviese fuera, no les hallase y se viesen en algún peligro de muerte, les obligó á no meterse más adentro ni entrar en lo último de la cueva; y así se volvieron por el mismo camino siguiendo algunas señales que habían de ádo á trechos cuando entraron *. Culpa mía es si no la he visto, que pues estuve en la ermita de Santa Inés, podía haber entrado en dicha cueva, si es que hubiera querido seguir.

De esta cueva dice la gente común y del vulgo, que está encantada, que hubo allí una ciudad, y que los bultos que dije, son personas que viven encantadas en ella, y otras mil patrañas que porque no las creo no las escribo. Esta es aquella célebre cueva de la que dice el autor de la *Centuria* que salió aquel fiero dragón que con su aliento inficionaba

* Según nos han asegurado algunas personas que conocen esta admirable cueva, parece no ser del todo fabulosa esta descripción del cronista en boca del beneficiado.
— Nota de los editores.

los aires, se comía los hombres y los animales grandes, y que acabó á manos del conde Guifre de Barcelona. Yo no creo nada de esto, mas remítome á la verdad y vuelvo á mis historias.» (*Crónica Universal del Principado de Cataluña*, escrita á principios del siglo XVII por Jerónimo Pujades, doctor en Derechos, natural de Barcelona y catedrático de su Universidad literaria. — Barcelona, año de 1831.)

² El opúsculo del Rdo. Dr. D. Antonio Vergés y Mirassó, *Historia de Sant Llorens de Munt*, publicado en esta ciudad en 1871, copia literalmente el acta de consagración de la iglesia, acompañando de la misma una traducción en lengua catalana, cuyos originales dicen textualmente así:

«Si à Redemptore nostro Jesu-Christo perpetuæ remunerationis præmium non diffidimus sed magnopere affirmamus percipere quando fidelium mentes divinæ retributiones amore et cœlestis regni sublimatione accensæ ad hoc fideliter eriguntur ut ex propriis sumptibus divino famulitio ecclesias construant et molto laboris exercitio ad summi Imperatoris laudem ædificent, quanto magis credendum est et illis profuturum qui ob capessendum perpetuæ vitæ donum postquam construxerint parietes templorum ad hoc sine intermissione laborant quo hæc quæ ædificaberunt templa Domino Deo, Santisque suis consacrant, atque gratiam Sancti Spiritus quæ necdum illis in locis accepta erat constructis ecclesiis et sibi ipsis impositione manus et consecratione pontificis impetrare valeant?

Quapropter ego Berengarius nutu Dei sanctæ ecclesiæ Barchinonensis episcopus, in summo divinitatis nomine ab incarnatione Domini anno sexagesimo quarto post millesimum, regni Philippi regis siquidem quinto, octavo kalendas julii, domno Raimundo Berengarii Principe piisimo cum venerabili conjuge domna Almode barchinonensium marchiam juste viriliterque regente; pulsatus jussu præfatorum Principum et precibus Abbatis cœnobii Sancti Laurentii in cacumine montis super Tarraciam siti, consacrando subarrans annulo divinæ legis cœlesti Regi sponsam Ecclesiam prælibati cœnobi Sancti Laurentii, dono et confirmo præfato cœnobio universa sua prædio, parochias et cunctas decimas, primitias atque oblationes et sexaginta passuum in circuitu ipsius cœnobii cimiterium, et omnia quæ à fidelibus ibi sunt tradita in comitatu Barchinonæ, sive Ausonæ, sive Gerundæ, et quæ sibi juste sunt debita quantuncumque, et quancumque, et ubicumque, largitionibus christicolarum Deum timentium quandoque juste acquisita sunt, aut acquire erunt, exceptis alodiis, exceptis decimis atque primitiis quas tenent in termino Tarraciæ et Castellardi præfatus Princeps domnus Raimundus et jam dicta Comitissa ut secure jam dictum Sancti Laurentii cœnobium habeat et possideat in perpetuum, salva tantummodo nostræ Sedis, mei et sucesorum meorum reverentia atque obedientia, videlicet de famulitiis nostræ Sedis nobis ipsis pertinentibus. De ipsis vero prædiis qualibuscumque modis cum affrontationibus suis, et exitibus et regressibus à loco ipsius cœnobii et de decimis et primitiis vel oblationibus à fidelibus oblatis, et cimiteriis, et de cunctis rebus quorumcumque generum quæ hodie possidet

vel ab hic per universa tempora possederit vel adquisitas habet vel adquisierit, exceptis præfatis alodiis, decimis, atque primitiis quas tenent prælibati principes in prælocutis locis per auctoritatem beati Petri Apostolorum Principis et beatissimi Laurentii cujus honore ecclesia constructo est jamdicti cœnobii, et per ordinem nostrum excommunicamus et interdicimus ut nullus homo cujuslibet potestatis aut sexus, aut ordinis, aliquid inde audeat tollere aut alienare vel ad damnum prælocuti cœnobii quolibet modo transferre vel commutare præter consensum. Abbatis, monachorumque cœnobii præfati. Nemo prædia præscripti cœnobii ubicumque illi debita noverit celare audeat, sed mox ubi cognoverit ad profectum animæ suæ confestim manifestare non pigeat, ne hac fraude forte ultricibus flammis per finem corporis depereat. Igitur hanc universam nostræ constitutionis dotem superius promulgatam perenni lige valituram censemus, omnemque hominem illam observantem et ut stabilis permaneat adjuvantem pro posse benedicimus, et ut diurnitatem vitæ præsentis et perpetuitatem semper manentis obtineat peroptamus, statuimus; aut conservata reverentia et obedientia sicut supra retulimus nostræ Sede et Nobis debita sub divini judicii obtestatione et anathematis interdictione, ut si quislibet homo cujuscumque potestatis, sexus aut ordinis hanc disrumperit aut violaverit, hic de potestate Dei omnipotentis et beati Petri Apostoli omniumque Santorum et nostra excommunicatus permaneat et à conventu Santæ Ecclesiæ et omnium christianorum alienus existat, quod si ab incepto desistat et digna pœnitudo simul et emendatione satisfaciat, ab hac excommunicatione solvatur; et hæc nostra constitutio inconvulsibilis et stabilis perpetuabiliter habeatur. ✠ Nos Berengarius Dei gratia Episcopus cum nostra manu subscribimus et omnia prædicta firmamus et testes inferius firmare rogamus. — † Berengarius, Levita, subscribo. — † Guillermus, Archidiaconus, subscribo. — † Ego Dalmatius, Præpositus, subscribo. — † Ego Jacobus, Canonicus, scribo. — † Ego Benedictus Presbyter et i... Domini prædicti qui jussu Reverendi domni prædicti Episcopi hæc scribi feci et clausi et omnes testes firmare vidi anno ut supra et meum appono Sig † num.»

TRADUCCIÓ DE DITA ACTA

Si no desconfiam, ans be tenim gran esperansa de alcansar de Jesucrist nostre Redemptor lo premi de la eterna remuneració cuan lo esperit dels faels inflammat en lo amor de la eterna paga del regne celestial, á aixó se estimula fiement de manera quels mou á construir ab sos propis bens iglesias per lo servey del Senyor, y edificarlas ab molta constancia, fatigas, y treball á la gloria del Emperador summo; ¿quant més pot créurerse que aprofitaran aqueixas obras de pietat á aquells que per remey de las suas ánimas y de las dels seus antepassats y per obtenir lo dó de la perpétua vida després de haber construït las parets del temples treballan sens intermissió pera que estos santuaris que edificaren queden consagrats al Senyor Deu y als seus Sants, podent allí implorar la gracia del Esperit Sant que encara no havia

sigut rebuda en aquells llocs, ja per las iglesias construhidas, ja per sí mateixos, alcansantla per la imposició de mans y per la consagració del Pontífice...?

Per aixó Jo, Berenguer, per la voluntat de Deu, bisbe de la santa iglesia de Barcelona, en lo summo Nom de la perpetua Divinitat, en lo any de la Encarnació del Senyor mil seixanta quatre, lo quint del regnat del rey Felip, lo dia 22 de juny, excitat per lo manament de D. Ramón Berenguer, príncep piadosíssim, y de la sua venerable esposa donya Almodis, los quals governan justa y varonilment lo comptat de Barcelona, y mogut també per las súplicas del Abat del monastir de Sant Llorens situat en la cima de la montanya sobre Tarrasa, entregant ab la consagració y ab las prendas y lo anell de la lley divina al Rey celestial la sua Esposa la Iglesia del citat monastir, dono y confirmo á aquest totas las suas possessions y heretats, las parroquias y tots los delmes, primicias y oblacions, y lo cementiri de seixanta passos al rededor del mateix monastir, y totas las casas que á ell han entregat y cedit los faels tan en lo comptat de Barcelona, com en lo de Ausona y de Gerona, y las cosas que de justicia li son degudas, de qualsevol clase y en qualsevol tems y lloch que dit monastir haja justament adquirit per la generositat del cristians temerosos de Deu, ó en lo successiu adquirezca, exceptuant los alous, delmes y primicias que posseheixen en lo terme de Tarrasa y de Castellar lo sobredit príncep D. Ramón y la predita Comptesa, peraque ab seguretat lo ja expressat monastir de Sant Llorens ho tinga y possehesca perpetuament; deixant pero salvos los mèus drèts y los dels mèus successors y de la mia Sede y las servituts que á la mateixa ó á Nos pertanyen, y ab la condició de prestarnos obediencia y reverencia con tambe á nostres successors.

Per lo demás de ditas possessions de qualsevol modo que li pertanyen al citat monastir, gosará pacíficament ab las suas confrontacions, entradas y eixidas desdel lloch del mateix, com tambe dels delmes, primicias y ofertas presentadas per los faels, y dels cementiris, y de totas las demás cosas de qualsevol género que al present posseheix y en avant en tot temps possehirá, ó té adquiridas ó en avant adquirezca, exceptuats los dits alous, delmes y primicias que pertanyen als expressats prínceps en los indicats llocs. Y per autoritat del benaventurat Pere, Princep del Apostols, del gloriosíssim Llorens en honor del qual está construhida la iglesia del predit monastir, y de ordre nostre excomunicam é interdim á fi de que ningun home de qualsevol poder y autoritat, ordre ó sêxo, se atrevesca á quitar de alli alguna cosa, ó alienarla, ó en dany del citat monastir de qualsevol manera transferirla ó commutarla sens consentiment del Abat y del monjos del prenombrat monastir. Ningu se atrevesca á ocultar las fincas y possessions que sian del mateix en quansevol part li sian degudas; al contrari tan prompte com se tinga coneixement, per profit de la sua ànima no tinga reparo en posarlas de manifest; no fós cas que per un frau de tal classe després de la mort del cós haguès de quedar sepultada eternament la sua ànima en las flamas encesas per la divina Justicia.

Y volem que aquesta nostra determinació y constitució antes promulgada tinga la forsa perenne de ley; y á aquell que la observe ó que procuri la sua estabilitat y eficacia lo benehim en quant está de nostre part, suspirant que alcanse una vellesa venturosa y la felicitat en la present vida y la ditxa de la que sempre dura y may passa. Volem també que (salva la reverencia y obediencia á la nostra Sede y á Nos), com tenim indicat, baix la obstentació del judici divino y baix pena de excomunió, tota persona de qualsevol grau, autoritat, ordre ó sèxo que se atrevís á violar ó tant sols ho intentás, aqui per la autoritat de Deu omnipotent y del apostol sant Pere, de tots los Sants y per la Nostra queda excomunicat y separat de la congregació dels faels cristians de la verdadera Iglesia; pero si desistint de tan temerari empenyo fès digna penitencia satisfent ab la saludable esmena quede deslligat de aquesta censura, permaneixent aixis ferma é inalterable perpètuament aquesta nostra constitució. — Nos BERENGUER per la gracia de Deu bisbe ab nostra propia má subscribim y firmam totas las preditas cosas, y suplicam als testimonis que firmen á continuació. — BERENGUER, Levita he firmat. — GUILLERM, Ardiaca he firmat. — DALMAU, Prepósit firmo. — Jo PERE, Sacerdot firmo. — Jo JAUME, Sacerdot firmo. — Jo BENET, Prebere, que per manament del reverent senyor predit Bisbe he escrit la present acta y la he closa, y he vist firmar als testimonis en lo any expresat.

³ Segun el mapa CARTE DE FRANCE DRESSÉE AU DEPÔT DES FORTIFICATIONS, *Feuille XIV, Barcelone, Perpignan*, la sierra de Sant Llorens tiene dos cotas, 1,094 y 1,115. Es un documento que nos merece entera confianza. El *Album Pintoresch Monumental de Catalunya*, Tomo I, número 21, publica una monografía de D. Ramón Arabia y Solanes, en la que se asigna á la *mola* una altitud de 1,160 metros sobre el nivel del mar. — B. B.

⁴ Si el inolvidable maestro Sr. Rogent hubiese dispuesto de más tiempo para recorrer el monumento, hubiérase fijado sin duda en unos canchillos de piedra espaciados entre sí poco más de un metro y que dada su posición encima de la portada, es lógico suponer que estaban destinados á recibir los cuchillos ó formas resistentes leñosas de la cubierta de ese nartex no construido. El adjunto grabado reproduce una fotografía que de la fachada sacamos en nuestra excursión á Sant Llorens el 7 de Octubre de 1899. En ella tuvimos ocasión de comprobar todas las hipótesis que establece el Sr. Rogent en el presente trabajo. Ni una sola merece ser rectificada. — B. B.

OBRAS PUBLICADAS

POR LA

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA

MONOGRAFÍAS

San Cugat del Vallés, por DON ELÍAS ROSENT.
(Agotada.)

Cartuja de Montalegre, por DON M. FOSSAS PI.
(Agotada.)

Monumentos romanos de Tarragona,
por DON L. SERRALLACH Y MAS.

Castillo de Vilasar, por DON C. BUIGAS Y MUNRABÁ.

El Monasterio de Santa María de Ripoll,
por DON JOSÉ ARTIGAS.

San Benito de Bages, por DON JAIME GUSTÁ.

La Catedral de Gerona, por DON JOAQUÍN BASSEGODA.

La Real Capilla de Santa Águeda,
por DON BUENAVENTURA BASSEGODA.

Monasterio de Santas Creus, por DON JUAN B. PONS.

Iglesia de Ntra. Sra. de la Aurora. — Seo de Manresa,
por DON J. TORRES ARGULLOL.

Monasterio de Santa María de Junqueras de Barcelona,
por DON MIGUEL GARRIGA Y ROCA.

La Catedral de Ciudad Rodrigo,
por el ILMO. SR. D. LUIS M.^a CABELLO Y LAPIEDRA.

Anuario para 1899

Anuario para 1900

Imp. Henrich y C.^a

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001913357

26 A. m

187.156